

frimientos que son inevitables en la vida de un narumbe y á los cuales se somete el muchacho en parte porque piensa que de otra suerte no podrá tener mujer y en parte halagado por la libertad sin límites con que se le brinda. Consecuencia de ello es que contrae una afección pulmonar que ó le debilita para toda su vida ó le ocasiona una muerte prematura.»

Estas ordalías se proponen seguramente en parte conseguir cierta vigorización, pero este sistema de sacrificios entraña una idea más profunda todavía, como lo demuestran, por ejemplo, las prácticas especiales que tiene para las consagraciones de jóvenes la tribu de los goulburnes que habita al Norte de Melbourne. El joven que ha de ser consagrado hombre es conducido por tres compañeros de tribu al bosque, en donde permanece dos días y una noche arrancándose los dos incisivos superiores que guarda cuidadosamente y entrega, al regreso, á su madre. Después de esto vuelve á pasar dos noches y un día en la selva, y en el entretanto su madre busca un árbol de goma joven cuyo emplazamiento conocen muy pocos é ignora su hijo y clava los dos dientes de éste en la rama más alta. Si el hijo muere, se arranca la corteza de la parte inferior del árbol y se seca éste por medio del fuego para que pueda quedar en pie como monumento del difunto. Lo primero que en estas ceremonias se hace es quitar al joven la mujer en cuya compañía ha vivido hasta entonces y someterla también á un nuevo género de vida. De aquí la exclusión llevada al extremo de toda mujer en esta ceremonia, que es para el sexo femenino rigurosamente *tabú*. Las mujeres y los niños no pueden ver y mucho menos tocar el instrumento zumbador (véase el grabado de la pág. 419) que indica el sitio en donde se verifica alguna de estas sagradas ceremonias: creen aquéllas que los sonidos por ese instrumento producidos son voces de un espíritu, y ellas y los niños cuando los oyen han de huir precipitadamente, pues el hecho de asistir á una ceremonia religiosa sin ser llamado á ella trae consigo la muerte. El mismo cuarzo sagrado con que se hace el tatuaje no puede ser visto por las mujeres y los jóvenes sólo pueden verlo después de practicado el último tatuaje. La circuncisión, que ha enseñado *Yura* — una gran serpiente que ahora habita en las manchas oscuras de la Vía láctea — está tan generalizada que la calificación de «no circuncidado» se considera como una injuria: es lo primero que se practica en esas consagraciones, ordenándola y ejecutándola el pariente más próximo. El muchacho hace como que quiere huir, pero se le coge, se le echa al suelo y se le frota con polvo; luego se le levanta por las orejas en medio de espantosa gritería para despertarle del hechizo en que se le supone sumido. Para cada muchacho hay un circuncidador, *turlo*, especial. Entre los australianos del Sud y del Oeste, cuando el niño tiene más edad se le hace una incisión en la uretra para disminuir su potencia generadora: á lo mismo obedece la costumbre de aplastar un testículo que vemos practicada en el río Palmer.

Entre los narrinyeris, ninguna tribu puede consagrar á los niños como narumbes ó púberes, sin la asistencia al acto de las tribus de donde saca aquélla las mujeres. Algunas consagraciones se nos presentan incomprensibles, siendo una de ellas la que nos describe Wyatt hablando de los indígenas de Adelaida, los cuales rocían á sus hijos con sangre: un hombre de la tribu se abre la vena mediana, que lleva atada con un cordón hecho de cabello humano, y rocía con su sangre primero la espalda y luego la cara y el pecho del niño, que se la deja secar encima. Esta ceremonia se verifica en un lugar apartado, en medio del más profundo silencio y en ausencia de las mujeres de la tribu. El tatuaje re-

viste en algunas tribus, por la manera como se lleva á cabo, el carácter de consagración, aun cuando se considere como principal objeto del mismo dar mayor flexibilidad y destreza á los brazos: se hace en un sitio apartado, sin la presencia de mujeres y al parecer contra la voluntad de aquel en quien se practica. Con un pedazo de concha de marisco ó de vidrio se hacen repetidas incisiones en un mismo sitio, apareciendo con el tiempo gruesas cicatrices. El tatuado permanece alejado, durante algunos meses, de las mujeres y lleva anillos de piel de opossum en los dos antebrazos y dos palos que con frecuencia se emplean en tales ocasiones y que no tienen otra cosa de particular que estar bruñidos á fuerza de ser usados.

El ingreso de una niña en la edad núbil va también acompañado de algunas prácticas en las cuales aparece claramente el significado de consagración y de sacrificio. Las muchachas son, antes de la ceremonia, aisladas, tienen que ayunar y se adornan el cuerpo con pinturas. Entre los larrakias del Norte de Australia, las jóvenes, al presentarse por vez primera la menstruación, son envueltas en corteza y permanecen antes de la ceremonia encerradas por espacio de tres semanas en una cabaña. En la misma tribu se corta á la muchacha la falange superior del dedo índice de la mano derecha, y aun existe una relación inverosímil según la cual se le salta además el ojo izquierdo. En algunas ocasiones y para conmemorar ciertos sucesos se le arrancan á la mujer algunos dientes ó se le hace una incisión en un dedo. El tatuaje tiene también en las mujeres un carácter de consagración, pero sólo se les hace en una pequeña parte de su cuerpo. (Véanse los grabados de las págs. 393, 420 y 421.)

CAPITULO V

RELIGION DE LOS AUSTRALIANOS

«Voces extinguidas de tiempos pasados y más ricos.»

GERLAND.

Confusión en las ideas religiosas. — Tentativas cosmogónicas. — El Creador de dioses. — Dioses de las estrellas. — Creadores secundarios. — Dioses que vuelven al cielo. — Leyendas de animales. — La existencia después de la muerte. — Fantasmás. — Otras supersticiones. — Hechiceros. — Piedras y madera sagradas. — Plongge. — Mokani. — Médicos. — Cambios en las cuestiones de fe.

En Australia, como en la mayoría de los pueblos naturales, las ideas religiosas aparecen muy poco claras, y la impresión general que éstas producen es de un descenso de grados superiores, de una decadencia, á lo cual se debe que los mismos australianos sólo tengan ideas muy confusas acerca del fondo y del núcleo de sus concepciones religiosas. Estamos de completo acuerdo con Gerland cuando dice: «La afirmación de que el estado de cultura que acusan los australianos indica la existencia en los pasados tiempos de un nivel superior, nunca se ve más confirmada que en este punto en que en todos los detalles repercutan las voces extinguidas de tiempos pasados más ricos, sin que percibamos impresión alguna que nos haga creer que estamos enfrente de un semidesarrollo ó de un estancamiento.» Pero de esto á la afirmación á menudo hecha con asombroso aplomo de que los australianos no tienen religión alguna, media un abismo. Todo lo más que en este punto puede concederse es que esas ideas religiosas se disgregan por falta de un perfeccionamiento interno propio y á consecuencia de la relajación del lazo de la tradición, y producen el efecto, por estas razones mismas, de algo contingente y fácilmente variable.

De un ser supremo oímos hablar en los países del Norte que le dan el nombre de Koyan y en los del Sud donde es conocido con los de Nurrundere y Baiamai: este ser supremo da lo bueno, pero monta en cólera con la misma facilidad que esos hijos de la naturaleza que apenas tienen dominio sobre sí mismos. Como á tal podemos considerar también al Monaincherlu de las tribus de Adelaida á quien éstas adoran como supremo Dios, que no ha sido creado por nadie y que lo ha creado todo, y asimismo cabe admitir dentro de aquella acepción al segundo dios, Monana, que subió al cielo llevado por lanzas arrojadas una tras otra á la bóveda celeste. A este ser supremo se le atribuye la creación de todas las cosas y especialmente la del hombre. Siendo como es imposible construir con las diseminadas é incompletas tradiciones un sistema concreto que sea para nosotros una mitología de los australianos, no hemos de dar mucha importancia al hecho de que en algunas tribus veamos mencionado á un Dios supremo. Puede, sin embargo, admitirse que en esta mitología rudimentaria el Dios supremo es por regla general aquel á quien se atribuye la creación del mundo, que no ha sido creado por nadie y que está desde un principio en el cielo; al contrario de lo que pasa con los dioses héroes que subieron á él mucho después. Sobre este particular las tradiciones arrancan de dos distintos puntos de partida. La mitología australiana, como todas las demás, se apoya directa y principalmente en tentativas cosmogónicas, ora sean primitivos gérmenes de ideas, ora fragmentos posteriores de un sistema de ideas en otro tiempo más completo, más firme y más elevado, y se diferencia, según lo poco que sabemos, de la mitología polinesia, que tantos puntos de contacto tiene con ella, en que se eleva menos que ésta por encima de estas raíces cosmogónicas y en que no desarrolla una genealogía, una historia ni una colección de leyendas sobre los dioses. Ciertamente que se notan ciertos impulsos en este sentido, pero permanecen clavados en el suelo. En las ideas cosmogónicas que, según se nos dice, profesan los pueblos naturales, hemos de distinguir dos grupos, el de las ideas sencillas, en su mayor parte toscas, que subsisten por sí mismas y que se nos aparecen como gérmenes de desarrollos mitológicos propios y el de las ideas más desarrolladas acerca de las cuales se inclina uno á creer que sólo se presentan relativamente sencillas por la razón de que se han separado casualmente de un sistema de ideas mayor y perfectamente conexo. Indudablemente un gran número de ideas cosmogónicas de los australianos pertenece al primer grupo y valdría la pena de caracterizarlas con algunos ejemplos.

Los dieyeris (sudafricanos) atribuyen el origen del sol nada menos que á la necesidad que sienten los hombres de cazar el *emu* (kasuar), animal que á causa de su ligereza sólo puede ser azuzado con el calor del sol: por esto suplicaron en sus danzas á Muramura que enviara calor á la tierra y por esto el dios creó el sol. Los indígenas de la bahía de Encounter creen que la estrella del día al ponerse todas las noches pasa por entre una larga doble fila de almas de los hombres que han muerto, las cuales imploran su gracia: el que la obtiene recibe del sol como presente una piel de kanguro rojo, gracias á la cual regresa á la mañana siguiente con un traje encarnado. Este fragmento de la mitología lo mismo puede ser considerado poético que abominable. Las mismas tribus de la bahía de Encounter creen que la luna, á la que adoran como diosa, se enflaquece á consecuencia del continuo trato con los hombres: por esto el ser supremo Nurrundere manda expulsar á la luna, la cual se oculta y aprovecha este tiempo para buscar raí-

ces y reunir nuevas fuerzas reapareciendo después vigorizada. Los australianos consideran á la luna como el macho del sol que le da muerte á cada novilunio: ellos y los australianos occidentales creen que una y otro vivieron antiguamente en la tierra y engendraron algunos hijos, creencia que se hace en análogos términos extensiva á las estrellas. En las comarcas del Noroeste existe la leyenda de que las cavernas de Glenelg, que están adornadas con las pinturas de que antes nos hemos ocupado (pág. 395), habían sido habitadas por la luna. El hecho de ser tan á menudo la luna considerada como antigua habitante de las cavernas y como autora de los dibujos que en éstas aparecen, casi parece indicar la existencia de un culto dedicado á este astro.

Al otro grupo pertenecen las leyendas de los creadores. En la Australia occidental encontramos como creador á Motogón que hizo la tierra llamándola por su nombre y soplando. Cerca de él está quizás el Munnuninuala á quien se adora en el Noroeste de Australia como «dios del cielo» y cuyas mujer y hermana junto con un dios del fuego, llamado Thilkuma, son también adoradas. Creen algunos reconocer el nombre de aquél en un sobrenombre que lleva el dios creador Baiamai como padre universal, es decir Mahmannamurok, y también en el Monana y en el Muramura de las tribus de Adelaida y en otros. Esta actividad creadora parece tener cierta afinidad con la del Barim de la Australia meridional, que creó al mundo por medio de la pintura y no con palabras y al cual nos recuerda por su nombre, ya que no por su actividad, el hijo del Baiamai de los sudafricanos, Burambin. La tribu de Wellington, al igual que los narrinyeris y otros, tienen también por creador de las cosas al dios Baiamai, que habita una isla del lejano Oriente y que se alimenta de los peces que espontáneamente acuden á su llamamiento: otros, sin embargo, atribuyen este papel al hijo del dios, á Burambin. De todas maneras, era un buen dios, pues se le venera en determinada época del año, en febrero, con canciones y danzas especiales. Otra leyenda le pone más claramente en relación, como creador del hijo de dios, con aquel dios, cuando dice: «Cuando Baiamai habló, nació Burambin, hermano de Dararwirgals, que envía desde el Oeste enfermedades (como creador).» Y cuando vemos que en la Australia occidental Bindinwor, hijo del dios Wallingup y de la madre Dovanyup, vuelve á nacer después de haber fallecido á consecuencia de sus heridas, creemos poder ver en esa transformación la misma pareja divina. La leyenda de los dieyeris según la cual la luna, accediendo á las súplicas de su dios supremo Muramura, creó el mundo, indica la existencia de un segundo dios creador que no es el dios principal.

Existen otras leyendas que, al parecer, contienen huellas de dioses quizás poderosos en su origen, que tienen ciertos puntos de contacto con los mitos polinesios: Nganno dió su nombre á muchas comarcas y acabó por transformarse en monstruo marino: este dios es probablemente el mismo que vino del cielo con el nombre de Uandu y creó el río Murray. Nurrundere, á quien encontramos entre las estrellas, creó los peces en el pantano de Tulurung con sólo echar en éste algunas piedras y con sus redes sacó del agua la isla de rocas de Witungenggui. Quizás por esto creen los australianos de la bahía de Encounter que encanecerán si escupen en los arrecifes del lago Alberto. El trueno es la voz encolerizada de Nurrundere que retumba desde el arco iris. Esta unión de un dios que se comunica con la tierra por medio de piedras y de rocas y con el cielo por medio de estrellas es realmente una reminiscencia de la mitología polinesia. Es un hecho muy significativo el de que este dios sea colocado conscientemente en el principio de

los tiempos, cuando los dioses habían abandonado la tierra. Al subir al cielo, cesaron las transformaciones de dioses en cosas, las creaciones, etc.

La idea fundamental de que el hombre puede ser colocado entre las estrellas, ó quizás de que todas las almas de los difuntos emigran á éstas, engendró un gran número de mitos que establecen una relación entre los seres espirituales y las estrellas. Así por ejemplo, en Nueva Gales del Sud se cree que las almas siguen viviendo en las nubes y en las comarcas del Sud que se convierten en estrellas. De la creencia de los indígenas de la bahía de Encounter, quienes ven en todas las estrellas las almas de los hombres que por la noche abandonan sus cabañas y se dedican en ellas á los mismos trabajos en que se ocuparon en la tierra, nació luego la construcción de constelaciones. De éstas, la más ve-



Atolón ó isla de corales en forma de anillo (según Dana)

cabaña á dos mujeres que le amaban, siendo por ello perseguido por el fuego que habían encendido para preservarse del frío de la noche: Wyungare, entonces, se agarró huyendo á una lanza que había sido arrojada al cielo y sosteniéndose en un garfio puesto en ella se remontó hasta la constelación Wjirrinware. La Vía láctea que aparece principalmente como residencia de las almas, es también considerada como corriente de agua en cuyas islas habita la serpiente monstruo Yura que, como hemos visto, introdujo la circuncisión. Las tribus de la bahía de Encounter dicen que la Vía láctea es una serie de cabañas y pretenden ver en ella los montones de ceniza y las columnas de humo, y creen asimismo ver en las nubes magallánicas á sus antiguas mujeres guisando la comida. También se dice que cerca de Orión hay mujeres buscando raíces. Otros mitos presentan á las estrellas como perros de la luna, generalizando para ello el germen de una de aquellas constelaciones de cazadores: las estrellas hilantes son consideradas como hijas de las estrellas. El arco iris — en el cual distinguen las tribus de Adelaida un arco masculino y otro femenino, el interior y el exterior — sale de las nubes como humo. El trueno procede de un ser que está echado debajo del arco iris ó es también considerado como la voz de Baiamai. Las piedras que afectan formas raras se consideran caídas del cielo y son tenidas por hechizos. A consecuencia de la teoría que hace de la luna un astro bueno y del sol un astro malo, se atribuye á éste y á sus hermanos el poder sobre toda clase de males, como por ejemplo la tos: por esto, el que quiere curarse se escupe en la mano y la tiende al sol.

Entre los kamilarois, aparece como creador de los hombres el tantas veces mencionado Baiamai, que mientras descansaba en Midul sobre una roca entre ríos, creó al primer hombre en Murula, entre los ríos Baiwan y Narrán,

nerada es la que lleva el nombre de Wjirriware y acerca de la cual refieren los narrinyeris lo siguiente: Nurrundere ó Maturmere que creó todas las cosas y dió á los hombres las armas para cazar, cazaba colosales kanguros acompañado de los cazadores Nepelle y Wyungare que hoy viven con él en la constelación llamada Wjirriware. Las Pleiades son también consideradas como cazadores de emus y asimismo hay en Orión dos jóvenes que cazan. Entre los narrinyeris, la constelación de Wjirriware tiene otra significación, cual es la de diluvio enviado por Nurrundere para perseguir á su mujer con lo cual ésta quedó convertida en roca y la canoa de Nepelle subió desde la colina hasta la constelación de Wjirrinware, flotando desde entonces sobre las aguas de la Vía láctea. Según una tercera versión, Wyungare, huérfano de padre y nacido como narumbe ó joven, se llevó á una

desapareciendo luego. Análoga á este mito es la creación de los hombres en las cascadas de Lallal del Morabul por Bonjil ó Pundyil. Este dios, después de haber creado al hombre, envióle á su hermana Karakarak para matar á la serpiente, dándole un palo que al romperse engendró el fuego. La creación del fuego está relacionada, en las comarcas del Noroeste, con un dios del fuego que es adorado no en sino al lado de la hija del dios del fuego. Otra leyenda, que también se relaciona directamente con Baiamai, dice que éste envió á un ratón para que enseñara á encender fuego y que el animal hubo de defenderse de los furres del demonio Mullion, devorador de hombres. En muchas tribus se hace entrar también al lagarto en la leyenda antropogónica (véase pág. 71): por ejemplo, se habla de un Tarrotarre, dios en forma de lagarto, que separó los sexos creando de esta suerte al hombre y á la mujer. ¿Será quizás esto una confusión de cierta leyenda del kobong? El lagarto parece ocupar un puesto más propio en la leyenda de los dieyeris, quienes cuentan que en un principio el buen espíritu Muramura creó una porción de lagartos pequeños y negros que todavía se encuentran hoy debajo de las cortezas secas y que habiéndole éstos gustado resolvió que tuviesen poder sobre todo lo que se arrastra por la tierra. Muramura dividió luego sus pies en dedos y tomando el centro del rostro hizo la nariz, los ojos, la boca y las orejas. Hecho esto, el espíritu puso en pie á un lagarto, pero no pudiendo éste sostenerse en esa posición, le cortó la cola y entonces el reptil pudo andar derecho: luego lo convirtió en hombres y mujeres diminutos para que pudiesen crecer. «Hombres, mujeres y niños — dice Gason — no se diferencian en lo más mínimo de este relato de la historia de la creación.»

También en otros puntos andan confundidos los hombres y los animales en estas leyendas de la creación, lo cual

está relacionado con el kobong, es decir con el animal que sirve de blasón á las tribus. Una de las más extravagantes leyendas de este género la encontramos entre los narrinyeris. Dice así: cuando los danzantes antepasados de los narrinyeris formaron la colina y el pantano de Mutabarringa, el robusto Kondole fué invitado y mientras ocultaba su fuego fué herido en el cuello con una lanza por Rilballe y habiéndose echado á reír todos los espectadores fueron convertidos en animales, mientras Rilballe colocaba el fuego en el árbol herbáceo. Al mismo dios se atribuye la creación de muchos peces por medio de los pedazos de un gran pescado que él había destrozado con ayuda de sus compañeros de caza: también creó una especie de peces planos arrojando piedras planas en un pantano. Imaginanse, sobre todo, estos pueblos que antiguamente existía una creación más poderosa y se atribuye á Wyungare, el compañero de caza de Nurrundere, la creación de los actuales pequeños kanguros, para lo cual le bastó cortar en pedazos un kanguro gigantesco y dispersarlos. Conforme á esto, los dioses y los héroes eran también de naturaleza más gigantesca, como lo demuestra la leyenda de la ascensión de Wyungare ó de Nurrundere al cielo (pág. 428). Cuando éste hubo subido al cielo, cesó el mundo en sus transformaciones, quedando desde aquel momento todo en el estado en que entonces se encontraba.

Después de estas leyendas de la creación viene una serie de pequeñas leyendas de animales, independiente de las de dioses y héroes, y cuya paternidad debe ser atribuida al deseo de explicar algunas rarezas sorprendentes. En la Australia del Sud se dice que la tortuga tuvo antiguamente dientes venenosos y que en cambio estaba desprovista de ellos la serpiente: ésta pidió á aquella que le diera sus dientes diciéndole que mejor uso podría hacer de ellos pues vivía en la tierra y estaba expuesta á persecuciones que la otra evitaba por estar bien defendida por las aguas. La tortuga consintió en cambiar sus dientes por la cabeza de la serpiente y por esto las serpientes tienen ahora los dientes venenosos y las tortugas la cabeza de serpiente. En otra ocasión, las urracas se ofrecieron á asar pescados para dos pelicanos que los habían cogido, pero viendo éstos que aquellos pájaros serviciales se los comían, se los arrebataron y mientras las urracas cayeron en las cenizas, salieron á los pelicanos escamas de peces: por esto las primeras son negras y estos últimos tienen el pecho blanco. Otras narraciones existen para explicar otros fenómenos naturales. Tiene mucha originalidad la leyenda narrinyeri relativa al origen de la lluvia que viene á ser una atenuación de la del diluvio: Un hombre anciano vivía con dos mujeres más jóvenes que él; éstas hicieron en cierta ocasión, una pesca magnífica y reservándose los mejores pescados para sí, apartaron á un lado los peores destinándolos á aquél. El anciano entró inmediatamente en la cabaña y habiendo cerrado la puerta comenzó á llover copiosamente, manteniéndose seco él mientras aquellas se mojaban en castigo de lo que habían hecho. Más tarde los tres fueron convertidos en pájaros, y cuando uno de éstos llamado *kortuwe*, el anciano, grita, es señal de lluvia próxima. Para explicar la diferencia de tribus y de idiomas tienen los Australianos su tradición especial, ni más ni menos que los autores de nuestra Biblia. Dicen los narrinyeris: «Cuando falleció la anciana Wurruri que solía esparcir con su palo el fuego de la hoguera del que dormía, y cuando esta alegre noticia se propagó entre las tribus, éstas se reunieron y habiendo comido cada una una parte distinta del cuerpo de aquella, según el orden con que iban llegando, fueron todas dotadas de distintos idiomas.»



La planta taro (*Caladium esculentum*) ¹/₁₂ de su verdadero tamaño

el mismo camino que él siguió. Los muertos que llegan á la presencia del anciano, casi privado de conocimiento, vuelven á vivir jóvenes y sanos, después que les ha sido designada su habitación, y se les da el número de mujeres proporcionado á las lágrimas que derraman y que indican el número de mujeres que han dejado en la tierra. La destrucción de mujeres por el diluvio aparece en otras leyendas en forma de metamorfosis de las mismas en arrecifes. Wilhelmi dice hablando de Port Lincoln: Palgallana, hombre fallecido hace mucho tiempo, dió nombres á todas las comarcas del Sud y del Oeste, después de lo cual transformó á sus mujeres é hijos en rocas del mar y subió al cielo, en donde produce el trueno y el rayo y derriba los árboles con sus golpes de maza. Los kowraregas hablan de un gigante Adi que mientras estaba pescando fué engullido por las aguas del diluvio, surgiendo, empero, al poco tiempo en forma de roca enorme: sus mujeres fueron convertidas en rocas que todavía hoy se denominan *ipile*, es decir mujeres. Estas narraciones nos recuerdan los monumentos de rocas de Tangaloo y de su mujer Te Papa.

En los relatos hasta ahora conocidos aparece completamente sola la divinidad Bedall, acerca de la cual se dice en Queenslandia: Bedall como tortuga creó el mundo por me-